

JORNADA



Charlas de Don Segundo Sombra

El Personaje que no Está en el Libro

HOY inicia JORNADA la publicación de una serie de crónicas camperas, en las que reaparece el personaje-símbolo del mejor libro que haya dado la pluma maestra del malogrado escritor argentino, Ricardo Güiraldes: "Don Segundo Sombra", obra que es justamente considerada como la cumbre de la literatura argentina.

Reaparece, sí, el viejo gaucho, pero no para revivir en el público lector las hondas emociones del magistral relato que el gran escritor nos dejara; el Don Segundo Sombra cuyas charlas publicará JORNADA a partir de mañana — pues hoy inicia la serie una nota de conjunto, que es más una impresión subjetiva que otra cosa, — es el Don Segundo Sombra que no está en el libro; es el paisano que vive en La Lechuza, en el pago de Areco, y está pintado por un periodista que se ha limitado a transcribir, con la mayor objetividad y fidelidad posibles, la palabra del viejo gaucho, sus originales ideas, sus más lindos cuentos, sus mejores canciones criollas y dicharachos típicos, así como a vertir, con un sentido meramente periodístico, de "croniqueur", sus impresiones personales y sus observaciones acerca de la forma cómo vive en el mundo real y en su ambiente, el más grande héroe literario de los últimos tiempos.

Hasta hace muy poco tiempo, aparecía en San Antonio de Areco un pequeño diario, llamado "El Pago", que fundó y dirigió don Manuel Güiraldes (hijo), y allí se publicaba una sección titulada "Don Segundo", con anécdotas, cuentos y referencias de la vida del viejo gaucho del lugar. Decía así el colega al iniciar tan interesante publicación:

"Comenzamos estas publicaciones con Don Segundo Ramírez Sombra, protagonista principal de la famosa y difundida obra "Don Segundo Sombra", de la que fué autor el malogrado Ricardo Güiraldes. A pesar de la gran popularidad nacional que a Don Segundo le diera la obra mencionada, muchísimas cosas interesantes de su vida permanecen aún ignoradas. La razón es conocida. El mismo don Ricardo Güiraldes manifestó en una ocasión que en el libro no podía abundar en mayores referencias concretas sobre la existencia de su personaje, porque en tal caso la obra hubiera resultado más un anecdotario de Don Segundo que una novela suya".

Bastarían estas explicaciones del diario que dirigía el propio hermano del escritor para ahorrarnos aquí otras en el mismo sentido. Pero queremos señalar a nuestra vez que, habiéndose suspendido esas publicaciones, por la clausura del mencionado diario local, y siendo desconocidas totalmente en el resto del país esas referencias sobre la vida del célebre gaucho, sería sensible que ellas no se diesen a publicidad, en forma amplia y por medio de un diario de gran difusión nacional, como es JORNADA. Don Segundo Sombra es, efectivamente, un personaje nacional y difícil será hallar en territorio argentino quien no lo conozca y desée saber algo más de lo que el libro dice acerca de él. De otra parte, y quizás porque el gran escritor trató a su personaje más bien como un símbolo de una raza, mucho se ha discutido, especialmente fuera de la capital, sobre si él ha existido o si es una ficción, hija de la imaginación del artista. Como Martín Fierro, Santos Vega y tantos otros grandes héroes de la literatura nacional, Don Segundo Sombra ha despertado una gran curiosidad y promovido más de una controversia en tal sentido.

Hay todavía una cuestión sentimental o psicológica que aboga por la publicación de nuestras crónicas y es que al terminarse la lectura del admirable relato de Güiraldes, queda en el espíritu del lector una sensación de amargura que perdura largo tiempo, precisamente porque la obra termina... De buen grado el lector desearía que la obra fuera interminable, es decir, que Don Segundo Sombra no se fuera... Y bien, para el primer caso, JORNADA va a documentar, en la forma más amplia y precisa, la existencia real del personaje, de tal modo que los hombres del futuro, cuando juzguen la obra del escritor, tengan a mano también, para complementar el estudio; las crónicas de JORNADA, cuyo único mérito reside en la fidelidad de los relatos y en la abundante documentación gráfica, que no dejará lugar a dudas en el ánimo de nadie.

Y, para los que sintieron la misma pena que el ahijado de Don Segundo Sombra, cuando en las postreras páginas del libro ve cómo se aleja de su lado el padrino, para ésos, JORNADA obrará el milagro de traerles al viejo huidizo... Don Segundo Sombra vuelve, sin haber cambiado en nada... con las mismas ropas, con el mismo espíritu, haciendo los mismos chistes en momentos graves, como ocurre en el libro cuando en la pulpería La Blanqueada el tape Burgos lo está provocando y él, Don Segundo, le dice: "Cuando me quiera peliar, avíseme siquiera con unos tres días de antisipasión"...

Es el mismo... ¡Don Segundo Sombra!... A través de dieciseis capítulos, volveremos a sentir "la presencia ilimitada de un alma"...

ILUSTRO ZAVATTARO

Los Payadores del P Bajo los Paraíso

"Voz de una Sombra que Está Ahí, Erguida en el Angulo en Penumbra..."

Crónicas de Luis F

Ilustraciones de Zavattaro, Rojas, Bra

El Héroe de la Obra Cumbre de la Literatura Argentina Reaparece en "Jornada"

Triste suena mi guitarra
y el asunto lo requiere
ninguno alegrías espere
sino sentidos lamentos,
de aquel que en duros tormentos
nace, crece, vive y muere.

MARTIN FIERRO

EN la semipenumbra de la cocina se desdibujan las siluetas de los hombres. Ya se han apagado las llamaradas del fogón y humea en los rescoldos la grasa del capón recién asado. Linda fiesta criolla la que don Pepe Güiraldes ha preparado para agasajar a los "pueblero"... Los muchachos de JORNADA, vestidos más o menos a lo paisano, para no desmerecer la reunión, sólo echamos de menos aquí la luz eléctrica que ilumina el resto de la estancia. En la semipenumbra de la cocina, los hombres son siluetas confusas. ¡Qué gente ésta, que ve hasta en las tinieblas!...

La cena ha sido riquísima y abundante. El vino sigue corriendo de banco en banco, refrescando los gargueros y alegrando los espíritus. Falta hace, porque poco a poco ha ido haciéndose un silencio que, si parece habitual a esta gente campera, nos resulta extraño y molesto a los forasteros.

Nadie habla. Tras la algazara y los chistes de la comida, el silencio ha ido cobrando volumen y llena ahora toda la cocina y se extiende a la pampa cercana, envolviendo como en un manto negro las cosas y las almas...

Silencio inexplicable habiendo tanta gente reunida... Dijérase que cada uno se ha encerrado en sí mismo para pensar... Sólo se oye el amortiguado ruido de los pasos de los peones que van y vienen guardando los enseres y buscando los instrumentos, las pavas, leña para avivar el fuego, la yerbera, la caja de tabaco.

Es la transición entre la fiesta del cuerpo, ya cumplida, y la fiesta de los espíritus, que se está preparando.

Con los ojos entornados miramos las sombras sentadas e inmóviles y las que van y vienen...

Están aquí todos los hombres de la estancia La Fe, desde su dueño y sus tres hijos hasta los puesteros y algunos invitados de los campos vecinos. Gente seria toda. Gente criolla. Gente gaucha.

Asisten a esta fiestita como a un rito.

Ríen cuando es oportuno y callan cuando no hay nada que decir.

Gente difícil para salir del silencio que parece ser su medio habitual.

Sombras en la cocina...

Todos de espaldas a la luz, medio inclinados en redor del fogón, bajo la gran campana que absorbe sus espíritus...

LA VOZ DE LA SOMBRA
"Stán toriando a una yama que se ganó pal lao de las casas..."

EN este ambiente, el ladrido de unos perros, afuera, en la gran noche oscura de la pampa, pone como una clarinada de alarma. La gente apenas se mueve, pero aguza el oído y Don Pepe dice con voz lenta y fatigada:

—"A ver, don Tello: vaya y haga callar a esos perros... Fíjesé qué es".

El peón deja una pava sobre los ladrillos del fogón y sale al patio, en tanto que, de entre las sombras de un ángulo de la cocina, surge una voz bronca que dice despacio, dejando caer las palabras una a una, con cierto ritmo musical:

—"Stan toriando a una yama que se ganó pa las casas..."

Don Pepe asiente con un leve movimiento de cabeza y, como los demás, vuelve a entregarse al silencio, fijando la vista en una llamita azul que viborea entre los rescoldos.

¿De quién es esa voz que está aquí, entre nosotros, oculta y en acecho?

Es la voz de un hombre que parece ver a través de las paredes, de las distancias y de las sombras de la noche pampeana...

Voz de una sombra que está ahí, erguida, en el ángulo en penumbras...

Voz de quien también parece ver a través de los cuerpos humanos y a través de las almas...

"—Parese que les gusta muy poco estar cayaditos a estos dos mosos cajetiyas... ¡Alguna ves tenían que cayar los loros barranqueros!..."

Los paisanos ríen un poco y nuevamente el silencio se extiende entre las sombras. La burla ha sido directa para nosotros, los dos enviados de JORNADA...

Don Segundo Sombra sigue mirando la llamita azul que viborea...

¡Es él! ¡Don Segundo Sombra!

Desde que entramos en la cocina, desde que estrechamos su mano grande y dura, desde que se alzó ante nosotros, surgiendo de la penumbra, apenas iluminado por el rojo resplandor del fuego, ya no pudimos apartar de él la vista...

Ahora, más que verlo, lo adivinamos ahí, en el ángulo de la cocina, casi bajo la gran campana del fogón, sentado en un banco alto, las manos sobre las rodillas, erguido el amplio torax, alta la cabeza, con el chambergo negro echado hacia atrás, con los pequeños ojos brillantes como los de un pájaro, observando el proceso lentísimo de un leño que se enciende...

Estamos, sí, como fascinados... Oímos su voz como entre sueños... Casi nos gusta que se burle de nosotros: así oímos su extraña voz de sombra entre las sombras.

"—Es güeno que vayan aprendiendosé las leyes del campo, que cuando se está en lo oscuro la lengua debe recogerse y descansar... Es lindo estar en el fogón oyendo nomás que el ruidito del corazón... ¿no?"

El paisanaje asiente. Don Castro ha echado más leña en el fuego. Una gran llamarada se alza y hace jugar las sombras de los hombres. La de Don Segundo se proyecta desde el suelo hasta el techo y allí se quiebra y se extiende hasta la otra pared.

¡Don Segundo Sombra! Recién ahora comprendemos toda la auténtica emoción que hay en el libro de Ricardo Güiraldes cuando, describiendo el primer encuentro del niño protagonista con el gaucho forastero, dice:

"Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso cuya hondura sorbe la corriente del río..."

Sí, es esa impresión, honda, definitiva, perdurable...

¡Don Segundo Sombra! Está aquí grande, imponente, quieto, mudo, como un monumento de sombra ante nuestros ojos ávidos de luz... Viste chiripá y blusa negra; lleva un negro pañuelo anudado al cuello y, entre éste y el sombrero, apenas se destaca su extraño semblante oscuro, con un poco de barba gris y dos ojillos resplandecientes...

"—Soplelé de abajo... Soplelé de abajo, amigo..."

¡Don Segundo Sombra! En la semipenumbra de la cocina, los demás somos apenas hombres... Algo fantasmal hay ante nosotros y mis ojos no se cansan de mirar y mirar taladrando la oscuridad para delinear la corpulenta figura que está ahí, arrinconada... Arrinconada pero dominándolo todo, por que los demás hombres, casi instintivamente, se han acomodado a distancia de Don Segundo, no sé si para verlo mejor o como una señal de respeto.

"—Bue... dá gusto nochiar así pa divertirse tanto... ¡Ta que le cuesta trabajo pa calentarse a esta pava!..."

¡Sombra! Sombra que habla y cuya voz, a ratos bronca y metálica, dulce o quejumbrosa por momentos, tiene extrañas resonancias de vieja música silvestre... Voz de pampa... voz de cañadas y de montes... voz de arroyos crecidos y de vientos invernales... Voz de la noche... Voz que recuerda el gemido de una guitarra cuando se golpea su caja en el silencio... Voz de eco... Voz de una sombra que vive...

"—Estoy por crair que usté Don Pepe me ha invitao pa un velorio... ¿No le parece que ya podía comensar la música...?"

Presa el alma de la poderosa sugestión que irradia del ángulo en sombra, nos aprestamos a oír a los cantores... ¡Y con cuántas ansias esperamos que la guitarra llegue a las manos de esa sombra!...

LOS PAYADORES DE ARECO
"Yo no canto sino cuando estoy medio mamao... Y tengo sé..."

DON Pepe, adusto y grave, recibe el mate que le ofrece Castro. Este es un mocetón rubio, que tiene unas ganas locas de reír y que está desesperado por que empiece la guitarreada. Antes de sorber el mate, el patrón da la señal de partida: dirigiéndose a un paisano que viste bombachas, blusa corralera, alpargatas y boina, le dice:

—A ver... Piquillín, hágase ver de la gente...

Piquillín, que es nada menos que el hijo mayor de Don Pepe, todo un universitario que renunció a su carrera por vocación a la vida gaucha, toma la guitarra y se apronta para cantar.

¡Piquillín! Adivinamos en él a otro de los héroes del relato inmortal de Ricardo Güiraldes... Es el otro protagonista, el niño que sigue a Don Segundo Sombra a través de las pampas, a través de una vida dura y dramática, trabajando en el más macho de los oficios"...

Piquillín inicia la payada. Es su voz, la de un niño, conmovedora y triste, clara y emocionada:

Señores, no he de ser yo
quien se haga rogar mucho...
Cantaré con emoción
por que está aquí D. Segundo
y también por que aquí están
estos mosos de "Jornada",
el mejor diario del mundo...
Todos me perdonarán
si no soy lo que esperaban.

Tras una mirada fugaz al hombre que está en la sombra y a los dos periodistas forasteros, Piquillín canta una canción sentimental también de su cosecha, en que evoca su vida de estudiante en un país europeo; un amor desventurado, y luego, el retorno al viejo pago de la niñez, para terminar haciendo el elogio de la vida campera.

La gente aplaude al cantor y pide que se siga el turno de modo que el cuarto cantor de la noche sea Don Segundo Sombra. El viejo gaucho advierte la intención y dice:

—Sí... pero yo no canto sino cuando estoy medio mamao... Y tengo sé...

La alusión es directa para Don Tello, que se ha olvidado de la ginebra. La guitarra está ahora en manos de Victorino Nogueira, otro de los personajes que Güiraldes recuerda con cariño en su gran libro. Nogueira es un antiguo resero y domador que actualmente trabaja, como Don Segundo Sombra, de puestero en la estancia La Fe. Es un hombre que parece hecho de madera, con estacas, tan rígido y tan sin carnes es... Puro hueso, nervio y músculo, el cantor estira las arqueadas piernas vestidas con livianas bombachas, se acomoda la rastra que ostenta un centenar de monedas de plata y una gran chapa labrada con su nombre, y tras un bordoneo canta con ruda voz de macho:

Señores, la viá a cantar
aunque es poco mi coraje,
de cuando hicimos un viaje
a Córdoba y Santa Fe.
Yo y Miguel, lo do quedamo
pues la voluntá me inclina.
Mi lengua no es muy ladina
y en la situación que me hallo
que el que no perdió un caballo
perdió la yegua madrina...

Por la mañana temprano
el sol venía saliendo
una tropa se iba viendo
en dirección a Peyrano.
Entre ellos venía un paisano
haciendo aislar en chorros
hasta que pase el Socorro
que no coma romerillo
montando un zaino martillo
con el pico hecho un cotorro.

Al escurecer llegamo
al pueblito de Peyrano
y entre todo lo paisano
un lindo fogón armamo.
Yo y Miguel lo do quedamo
pastoriando en el potrero
atajando los ternero
que no querían parar,
hasta después de cen-
que vengan los compañero...

Nogueira que ha de quedar
como siempre le ha tocado
con el tobiano ensillado
que lo lleva pa nochear
Juan Egan se va a acostar
en el camino tranquilo
después de tomar un tilo
hasta las dose la goza
Ya ensilla la Peligrosa
pura punta y nada'e filo...

—¡Bien! — grita Don Tello. — Era así nomás... Yo le hubiera corrido nomás con mi manchao que no era pura punta... ¡Se tragaba las leguas!

Don Victorino persigue el canto refiriendo las peripecias del viaje. Es un canto que describe uno de los aspectos de la vida pampeana que más ha interesado al novelista Güiraldes: la vida del resero.

Entramo los compañeros
a pueblo desconocido
y todos, como es sabido,
a pastoriar se pusieron.
Después de vender los cueros
sacados por el camino,
llenamos la bota e vino,
compramo yerba y café,
alcé cigarros, pagué,
y seguimos el camino...

Serían las dose del día
cuando a Maizales llegamos.
En una casa paramos
en la costa e'lavia
mientras la hacienda comía
preparamos el asado.
¡Quién hubiera imaginado
esa noche, como nada,
semejante disparada
después de estar acostados!

Nogueira, al son de un rápido bordoneo, refiere luego una impresionante escena común en la vida del resero. La disparada de los animales espantados y la ruda labor de los gauchos para rodearla de nuevo. Al terminar su extenso relato el cantor es aplaudido y convidado con una copa de ginebra que saborea lentamente, quedando pensativo y hasta diríase que triste, como si el canto le hubiera evocado alguna emoción lejana.

¡OIGANLO AL MOSCO PARAYRA!
"—...'Ta cómo tengo la panza..." — "Y... como perro 'e estancia..."

LA guitarra se va acercando a Don Segundo Sombra. El que ahora canta es el "mosquito" Pereyra, otro de los personajes del libro de Güiraldes, también resero, domador y "máistro" en el arte de pulsar la vihuela. Los versos son del famoso Salvador Núñez, que los ha concertado en obsequio de los presentes. Como los anteriores, son versos a la criolla... compuestos a base de oído y de emoción.

Vamoh'a ver vos lengua ruda,
no te vayas a trabar,
por que quiero relatar
de mi suerte las penurias.

Cuando yo llegué a La Fe
me encontré que había reunión.
Había una gran guitarreada
y un asado al asador.

También encontré un cantor
que sus coplas expresaba
observando unos chorizos
que en la parrilla se asaban...

Victorino Nogueira, que se da por aludido, sale de su ensimismamiento y ríe golpeándose con satisfacción la rastra, que oprime el abdomen repleto,

—"Ta, cómo tengo la panza..."



Sombras en la cocina... Todos de espaldas a la luz, medi

Pago de Areco
os de la Lechuza

Francisco Diéguez
ravo y Niahcer Seditsira

—Y... como perro'e estancia... — apunta Don Segundo, desde la sombra, provocando la hilaridad general. El guitarrero ríe y luego prosigue:

Estaba un hijo e'l Patrón
con el mosquito Parayra
y Victoriano Noguaira
sentaos al lao'el fogón.
Y, Castro en otro rincón,
junto con el niño Adolfo,
baquiano pal acordeón.
Y, como regalo'el cielo,
también Don Segundo estaba
contándole lindos cuentos
a dos mosos de JORNADA,
que uno embobao le oía
siguiéndolo paso a paso,
mientras otro'e un fogonazo
sacaba fotografías...

Después de oír lacónicos comentarios sobre sus últimos versos, el payador termina con estos versos:

Casi estoy equivocao.
Tanto criticar al cuete;
por que esto ha sido un banquete
tuito muy bien preparao.
Dulce, chorizo y asao
con guitarra y acordeón
y canto con relación
de aquellos tiempos lejanos.
Se ha tomado el vino en taza
por no haber un balde a mano...

Al fin la guitarra está en las manos de Don Segundo Sombra, pero Piquillín ha saltado al frente para decir una relación y Adolfo, aludido como mago del fuelle, ha tomado su instrumento que se dispone a tocar cuando sea oportuno.

Piquillín, que de pronto se ha transformado en un muchacho alegre, se dirige a Don Tello, que se acaricia los mostachos, y le dice, recitando:

Voy a echar una relación.
Me mandan de personero
me mandan que la enamore,
pero para mí primero...

Me mandan de personero,
no me trate de atrevido,
en la senda del amor
estoy a sus plantas rendido...

Don Tello se desternilla de risa tironeándose los bigotes y Castro, que tantas ganas tenía de reír, se revuelca ahora exclamando: "¡Qué novia pa Piquillín!", pero sin volcar el agua del mate.

CANTA DON SEGUNDO SOMBRA

"—Es un trovito nomás que canto pa que naide me pida nada..."

DON Pepe impone silencio. Se oye el bordoneo lento de la guitarra. Hay un movimiento general de expectativa. Los circunstantes aproximan sus bancos al rincón donde está Don Segundo. El mosquito Pereyra se asoma en un tranco a la puerta y mira al campo para asegurarse que nada interrumpirá al viejo payador. Adolfo y Tacho, los dos hijos menores del patrón, se acomodan en el suelo, casi a los pies de Don Segundo. Piquillín, ya serio otra vez, quieto y rígido, casi como una estatua, ya no es más que ojos para mirar al hombre que admira desde niño. Don Pepe nos lanza una mirada a hurtadillas y dice por lo bajo:

—Preste atención, que oír cantar al viejo es un favor de la suerte...

Don Segundo termina el rasgueo previo; pero aun le parece que no se ha hecho silencio total y vuelve a apretar clavijas y a templar la guitarra. Al fin, la voz de Don Segundo Sombra, bronca y quejumbrosa, va cobrando volumen y acaba por llenar todo el silencio palpitante de esta hora de emoción gaucha:

Santos Vega fué mi máistro
Santos Vega fué mi máistro
y este consejo me dió:
Que no me le rinda a un hombre
si es un varón como yo!

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Así me gusta, viejo!

Don Segundo se muestra impasible ante los aplausos y las voces y cuando se ha restablecido el silencio dice, acompañándose con un lentísimo bordoneo:

—Ej'un trovito nomás que suelo cantar en las primeras riuniones pa que naide me esija nada que no esté bajo de una lay de Dios... Y áura le viá cantar los versos de un alma enferma'e un amor triste... ¿saben?

Y en seguida la voz profunda se alza otra vez musicando estos hermosos versos criollos:

De un desaire y un despresio
cayó enferma mi esperansa,
Como no encontré venganza
cresió más mi sentimiento.
Hoy me considero muerto
y viá dentrar de ermitaño,
para que vean el daño
de mis males tan cresidos...
Tomé dos gotas de olvido
tres parches de desengaños...

Nuevos aplausos y nuevas exclamaciones premian al cantor que permanece impasible mirando la guitarra con la cabeza baja:

Vide un médico afamao
que dijera mis dolensias.
Me contesta con violensia
"Son amores de una ingrata..."
Me dió tres gotas de horchata
y tres parches de esperensia...



"Parese que les gusta muy poco estar cayaditos a estos dos mosos cajetiyas..."

LA CANCION DEL BUEN OFICIO

"—Viá cantar otros versitos nomás, que ya estoy teniendo sé..."

¡UN cuento, áura, Don Segundo!

—Sí... sí... un cuento, viejo...

Don Segundo ensaya por vez primera en la noche, una sonrisa amplia y tolerante, y tras un rasgueo, dice:

—¡Oj! ¿Cuentos a esta hora, amigo? Me están queriendo invitar pal almuerso de mañana? Y es que mis cuentos pa chorizo son muy largos, como dise el refrán... Viá cantar otros versitos nomás, que ya estoy teniendo sé, sabe...

Y nuevamente la voz quejumbrosa llena el silencio de la cocina donde los hombres son sombras:

Todos los ofisios juntos
me pusieron a elejir
y que yo había de seguir
el que fuera de mi gusto.
Viendo yo que era muy justo
ser hombre trabajador,
quise elejir el mejor
que me paresía a mí,
y en el momento elejí
el ser amante y cantor.

Algunos dirán que he errao
en elejir profesión.
Pero fué mi inclinasión,
ni aunque me aiga equivocao.
Siempre había conservao
esta idea en mi interior.
Siempre me gustó el amor.
Siempre me gustó el cantar,
y, ¿cómo no había'e tomar
el ser amante y cantor?...

Todo ofisio despresié
por ejercer estos dos.
Pues soy hijo del rigor,
sin que me amen, amaré.
De una pena pasaré
tal ves a otra mayor
y naides me privará
de ser amante y cantor.

Amando siempre he vivido
por sólo el gusto de amar,
sin haber podido hayar
quien me haiga correspondido.
Hoy por amar he sufrío
pena, tristesa y dolor;
pero no podrá el dolor,
la pena ni la tristesa
sacarme de la cabesa
el ser amante y cantor...

—¡Mucho, Don Segundo Sombra!

—Ta si le habrán gustao las guitarreadas y los mujereríos a usté, Don Segundo!

—Un poquito nomás... Siempre he tenío la idea de que con las mujeres y las guitarras no hay que ser sonso, ¿sabe?... Por eso me dá pena ver a siertos puebleros cajetiyas que ni saben cómo se toma una guitarra...

Adolfo inicia una polka en el acordeón. El mosco Pereyra lo acompaña en la guitarra. Don Pepe nos mira sonriendo y dice en voz baja:

—Muchas ironías va a tener que aguantarle al viejo, como le aguantemos todos, si quiere hacerse su amigo...

REDOBLE DE CASCOS EN LA PAMPA

"—Hasta mañanita, amigo; lo esperaré en La Lechuza..."

LA fiesta ha terminado. De pie bajo el alero de la cocina vemos cómo la gente va en busca de sus caballos. El cielo se viene abajo recargado de astros. En el palenque, los animales se agitan advirtiendo la presencia de sus jinetes y ávidos de galopar después de una larga espera.

Nos llegamos hasta Don Segundo Sombra y le estrechamos las manos que él nos tiende con cierta indiferencia y una vaga sonrisa irónica en el semblante bronceado:

—Quedamos en que mañana temprano iré a visitarlo, ¿no es así, Don Segundo?...

—Así será, si usté lo dise... Aura que usté entrará si yo lo dejo, ¿no?...

—...

—Pero vaya nomás, tranquilito, que este hombre medio salvaje lo va a resibir con agasajos si es posible y si me ve alunao ni asete'en quedarse y güélvase otro momento que me haya apaciguao... ¿no?

—Usted estará levantado a las nueve, más o menos...

—¿Levantao a las nueve? Pueda ser, ¿sabe?, porque yo suelo levantarme a las tres, ¿no?...

—¿A las tres? ¡Pero ya son la una y media! ¿Cómo va a dormir tan poco?

—¡Y quién me manda ser sonso, amigo! Me hubiera acostado como siempre, cuando las gayinas....

Don Segundo Sombra monta en su tobiano ensillado con "recado'e pobre" y los demás lo imitan rodeándolo.

—Hasta mañana, amigo; lo esperaré en La Lechuza... ¿no?

Y dando el envión, Don Segundo se lanza al galope, seguido de los demás paisanos, rumbo a la tranquera del camino.

En la noche, en pleno campo, aquel jinete negro, alto y corpulento, es ciertamente fantástico... una sombra que galopa seguida por un puñado de hombres... que no son más que hombres.

¡Don Segundo Sombra! Nos quedámos apoyados en la tranquera, mirándolo irse hasta que las sombras de los jinetes desaparecen entre las sombras de la pampa.

Don Pepe, a nuestra espalda, pregunta:

—¿Qué le ha parecido el viejo?

—Es toda el alma del libro de Güiraldes... palpable... viviente...

—Ya lo verá mejor cuándo haya intimado con él.... Le aconsejo que no se afecte cuándo el viejo se chancée a su costa.... Es su hábito y podría decirse que un sistema de domador de almas... Si usted se le rebela, nunca más podrá ser su amigo; si él en cambio nota que usted es tolerante y respetuoso, entonces.... podrá escribir cien crónicas....

Avanzamos por el parque hacia las iluminadas galerías de la casa principal. Atrás, queda la oscura inmensidad del cielo y un lejano redoble de cascos que hacen temblar los campos.

Lea mañana la crónica titulada: "En el puesto de La Lechuza"

Charlas de Don Segundo Sombra

Ilustradas con fotografías del narrador y otros personajes del libro y algunos parajes célebres del pago de Areco.

☆

Dibujos de Zavattaro, Rojas, Niahcer Seditsira y Bravo

[illegible] del fogón, bajo la gran campana...